

## LANZAMIENTO LIBRO "IDENTIDAD FEMENINA EN EL TEATRO CHILENO" DE CONSUELO MOREL

Campus Oriente, abril 16, 1997.

Quiero destacar brevemente algunos puntos del libro de Consuelo Morel, que me parece hacen resaltar su coherencia interna y su actualidad.

El libro se acerca a la realidad dramática desde el punto de vista de la persona. Este concepto tiene una larga historia desde el propio dramático hasta la filosofía medieval y luego la filosofía moderna. Lo que quiero destacar aquí es que "persona" es la primera forma de aproximación a lo que es un ser humano. Lo primero y más propio nuestro, que nos distingue de todos los entes es que no somos sustituibles, que por lo tanto no somos propiamente abordables por el método científico que conoce de objetos sino por una aproximación interpersonal que "reconoce" lo propio, peculiar e insondable del otro. Stuart Mill decía por ahí que el valor de una civilización se reconoce en el lugar que les da a los excéntricos. Despojando esa afirmación de su fuerza provocativa de paradoja, nos queda sin embargo que lo propio y peculiar de cada uno tiene un valor singular que supera su carácter de individuo dentro de una especie. Y el rasgo individual adquiere así una jerarquía singular.

La persona no es una abstracción o una entelequia. Tiene carne y hueso, trayectoria biológica y destino. Y primariamente, es varón o mujer. He ahí un gran redescubrimiento de este fin de siglo: el descubrimiento de que hay un sentido propio en ser mujer. No es un descubrimiento de algo que hubiera sido desde siempre ignorado. En nuestra propia tradición religiosa y cultural, los dos relatos de la creación en el Génesis lo recalcan, cada cual a su manera. Pero no hay duda de que una larga sombra de masculinismo cubrió la presencia cultural explícita de la mujer, y es tarea de nuestro tiempo recobrarla para superar un empobrecimiento en la imagen de lo humano. Ser mujer es un forma de ser persona. Lo olvidó el racionalismo, a pesar de que lo había descubierto la Edad Media. En el siglo XII Hildegard von Bingen en versos bellísimos, le atribuía a la mujer la condición de ser el espejo y el abrazo para las creaturas de Dios. Y yo no sé si sea pura fantasía, pero hay unos versos de poesía franciscana, el fúnebre himno del "Dies irae" donde se atisba lo que uno podría llamar pidiendo excusas el amor maternal de Dios, cuando dice "Quarens me sedisti lassus/ redemisti cruce[m] passus...../recordare Jesu pie / quod sum causa tuae viae / ne me perdas illa die..." Hay un solo amor que nos ama en cierta forma por, o a causa de lo que lo hemos hecho sufrir , y es el amor maternal.

Pero hablar de personas, hay que hablar como persona, y por eso hay algo de simbólico en que este sea el tema en este libro en que han quedado prendidos el dolor y el amor de Consuelo Morel. El libro se engendró en el encuentro inefable con otro, y es un testimonio de responsabilidad y de amor.

Una última palabra. El libro recurre a los conceptos del psicoanálisis, el más fuerte intento de este siglo de explicar lo que sabemos de las acciones del varón

o la mujer en función de lo que no sabemos, de lo que nos está oculto. O sea, la explicación científica o crítica de lo humano. Y en eso es también un testimonio del siglo. Porque la sociedad y la historia las podemos conocer en su pasado y en su presente de acuerdo a la forma en que nos aparezca su porvenir. El llamado a las hazañas engendra la historia monumental; el fino recorrido que hace la mano sobre la superficie del objeto arcaico, nos engendra esa disposición amorosa y empática del anticuario; la noción del peligro y del cuestionamiento nos convoca a una actitud de crítica y análisis. Esa visión, lejano reflejo de la que esbozara Nietzsche, justifica sin más que se haga una aproximación científica, crítica, a la femineridad en peligro, cuestionada y sumergida a menudo en la propia pretensión de exaltarla en los valores creados por la masculinidad. La ciencia puede tal vez ayudarnos a retomar el sentido de lo que dice el Génesis de que Dios nos hizo varón y mujer, o lo que sugiere Hildegard von Bingen de que hay un espejo para la gloria y un abrazo de acogida para las criaturas de Dios, que es la mujer.